

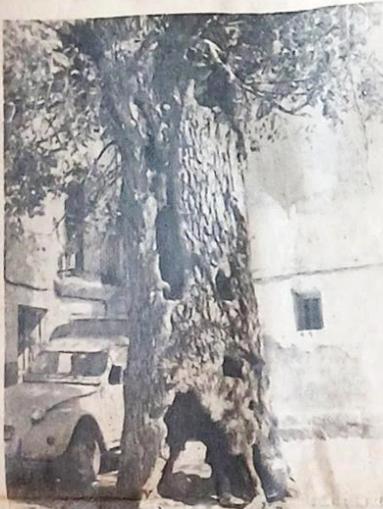
ESTA TIERRA NUESTRA



LA HOZ DE LA VIEJA, UN PUEBLO DIVIDIDO POR TRES BARRANCOS

DESDE LA EDAD MEDIA ESTA VIGENTE EL DERECHO DE PEAJE POR LOS RIOS ARAGONESES, HASTA FRAGA

PASARELAS O PALANCAS UNEN LAS CALLES DE ESTA PINTORESCA VENECIA TUROLENSE



El olmo de la plaza

Casi parte el camino entre Zaragoza y Teruel, pero pocos viajeros se adentran hasta La Hoz de la Vieja, allá en la hondanada, entre roquedales que se estrechan para salvaguardar el casco urbano. El derribo se encuentra a noventa y tres kilómetros de Zaragoza, por la carretera de Belchite a Vivel del Río, poco después de Cortes de Aragón. Son seis kilómetros más de vía secundaria, en pésimo estado, hasta avizorar la torre del castillo — que así la denominan allí —, alzándose sobre las crestas rocosas. Abajo, la carretera pierde altura para descender al nivel del arroyo, del barranco donde se perfilan los chopos, porque todavía el agua entona su canción de vida.

Al dar el último quiebro de la ruta se avista el casco urbano —barranco partiendo el camino en dos—, lleno de pintoresca belleza. Pasarelas o palancas unen las calles de lo que, al amor del agua, bien podría convertirse en una pequeña Venecia turolense.

—Pues alguna vez —recuerda un viejo que lla un cigarro en el

portal de su casa — el agua llegó hasta los porches. Hay una hilera de porches en los edificios centrales del barranco principal. El sol lo baña todo en oro. El pueblo vive tranquilo en su aislamiento, lejos del ajetreo mun-

Información de
Alonso ZAPATER
enviado especial

dano. Esporádicamente llega algún que otro vehículo, ruidando, entre nubes de polvo. Los vecinos observan desde las puertas y las ventanas. En algunas calles, ni eso. Se ven desier-

tas, anegadas de silencio. Sólo se escuchan los trinos de las aves. En la plaza de la Iglesia es distinto, porque allí está la escuela, a la que todavía acuden algunos niños; tienen el recreo debajo del edificio, en el almidado o lonja, a resguardo del sol y la lluvia.

Tres barrancos

Tres barrancos confluyen en el pueblo: el Chorradero, el Vadillo y el Barranquillo. Al cabo del tiempo, cuatro palancas permanecen en uso enlazando las orillas. Son necesarias en determinadas épocas, en días de tormenta o temporal, cuando los barrancos se desbordan. Entonces si que parece aquello Venecia en su versión rural.

El grueso del casco urbano se encuentra al pie de la torre que llaman castillo. Las calles suben en cuesta, como buscando la protección de la fortaleza. Allí se levanta también la iglesia parroquial, en una plaza de forma irregular, de la que parten otras calles escalando alturas.

Pero los tres barrancos ejercieron siempre una atracción especial sobre los vecinos, prueba de ello es que levantaron sus casas en las márgenes de los mismos, próximas a la rambla. Queda en pie un chopo antañón, más que centenario, que los viejos aseguran conocerlo así de toda la vida.

—Mírello al pie de la Cingla —me señalan.

—¿Qué es la Cingla?
—Aquella piedra que cierra el pueblo frente al castillo.

Es el roquedal gemelo, el que angosta el acceso a La Hoz de la Vieja. ¿Acaso la propia hoz trazada por la naturaleza para dar origen al bautismo urbano?

No debe ser así, a juzgar por lo que cuentan los ancianos. El diálogo nace espontáneo, aunque con algunas reservas.

—Diga —se atreve a decir uno—, todo esto que nos presento, ¿no servirá para que luego tengamos que pagar más?

El origen : : :

Hablamos del origen del pueblo, el porqué de La Hoz de la Vieja.

—Según los antiguos —me explican—, se debe a una vieja que tenía una hoz muy grande, no de las utilizadas para la siega, sino de las de poder. Y así nació el nombre, por la hoz de la vieja.

Cuesta creer esta historia de los antiguos, pero los vecinos de hoy siguen creyendo ingenuamente que sucedió así. Quién sabe, porque el bautismo de los pueblos surgió en muchos casos de la manera más imprevista.

—¿Cuántos vecinos son?
—Dudan sobre el número exacto y el que parece más justo apunta:

—Podemos contarlos uno a

uno; en media hora le damos la vuelta al pueblo.

Al final, sin necesidad de vueltas, una mujer aseguró que había ochenta y dos casas abiertas, lo que da cerca de doscientos habitantes. Y pensar que a principios del siglo XX sumaban más de seiscientos edificios y cerca de un millar de almas.

Celebran las fiestas mayores el 15 de agosto, en honor de la Asunción de la Virgen, aunque los patronos de la localidad son la Virgen de las Nieves y San Cristóbal.

—En tiempos celebrábamos también el carnaval, pero lo quitaron.

Hay una ermita dedicada a Santa Ana, justo a la entrada del pueblo. Pero la romería tiene como destino el ermitorio de la Virgen de la Alinga, en término de Cortes de Aragón. Son varios pueblos los que se dan allí cita y participan de la misma devoción, con idénticos derechos y obligaciones.

Privilegio de peaje : : : : :

La torre-castillo se alza como un forón sobre las rocas, cara a la izquierda. Fue levantada por los propios vecinos, en 1363, y así se evitaban de pagar tributos al obispo de Montalban. Esa bien servida, con remate de almenal otando los horizontes. El rey Pedro concedió nume-



La piedra Cingla

Sin embargo, el privilegio más curioso de todos es el de peaje, vigente desde la Edad Media.

—Hace unos años aún nos llegaron unos escritos pidiéndonos ayuda para la construcción de un puente en Fraga.

braban también de pagar medio peaje.

Al cabo de los siglos, aún se sienten orgullosos de este privilegio. Algunos aseguran que se debe a que contribuyeron a pagar la barca porque en línea recta no había otro pueblo hasta llegar al Ebro; de ahí el derecho

Tros olmos : : :

De la misma manera que hay tres barrancos había tres olmos; pero sólo queda en pie el de la plaza de la Iglesia con gran parte del tronco hueco, aunque lleno de savia, porque la rugosa corteza sigue cumpliendo su función biológica vegetal. Los niños juegan al escondite en este olmo centenario, lo cruzan de parte a parte por abajo.

—Los otros eran de la misma quinta —me informan.

—¿Cuándo los plantaron?

—Al construir la iglesia.

Me dan constancia de ello varios vecinos. Cabe deducir, por tanto, que el olmo de la plaza suma varios siglos, porque el edificio de la iglesia parroquial bien pudo ser levantado hace trescientos o cuatrocientos años. La fábrica es bastante irregular y sólo el ábside, de forma poligonal, bien pudo ser levantado hace trescientos o cuatrocientos años. La fábrica es bastante irregular y sólo el ábside, de forma poligonal, bien pudo ser levantado hace trescientos o cuatrocientos años. La fábrica es bastante irregular y sólo el ábside, de forma poligonal, bien pudo ser levantado hace trescientos o cuatrocientos años.

Quizá la mejor obra de arte de todo el conjunto sea el olmo que ocupa el rincón de la escuela, un bello capricho de la naturaleza. Toda esta parte es de piedra de sillaría, de color rojo, casi granato. El resto, de piedra irregular. En algunas zonas de la parte posterior también asoma el tapial.

Eran tres olmos, como los tres barrancos, y sólo ha quedado el que plantaron más alto, en el corazón del casco urbano que se apuña en torno al templo parroquial y a la sombra de la torre-castillo. Es el más antiguo testigo de la vida del pueblo, so laz y recreo de los niños de ayer y de hoy.



Torre-castillo

rosos privilegios a los vecinos de La Hoz de la Vieja, entre ellos el de que la población no podría separarse de las comunidades bajo ningún concepto.

Los vecinos de La Hoz de la Vieja tenían derecho de peaje —paso gratis— por los ríos aragoneses, hasta Fraga, y los que iban a La Hoz de la Vieja se li-

sobre la misma. Pero el hecho de extender el privilegio hasta Fraga en los límites del reino de Aragón, cambia por completo el planteamiento.



Das de los tres barrancos que configuran la sugestiva geografía urbana de La Hoz de la Vieja